

La figura de Robinson en el mapa literario

Cecilia Urbina

EL DICCIONARIO DEFINE EL TÉRMINO mapa como “representación geográfica de la tierra, o parte de ella”. Para todos los que fuimos lectores infantiles, la palabra convoca imágenes románticas de guías para encontrar tesoros con coordenadas secretas posibles de descifrar sólo por los iniciados; o de exploradores que arriesgan su vida para avanzar en los misterios de los territorios ignotos y dejar el recuerdo de su gloria en la firma al pie de la reproducción en dos dimensiones de sus descubrimientos. Ese cartógrafo heroico que trazaba el perfil de litorales y riberas, de montañas y sabanas, ha sido suplantado por un satélite capaz de dibujar continentes, de enseñarnos la redondez del planeta y la forma de las plataformas submarinas. También, cuando está al servicio de un sistema tecnificado, irrumpe, como policía secreta de la peor dictadura, en la vida privada del individuo, la desnuda y la exhibe para reprimirla, algo que no puede dejar de alarmarnos: el exponer nuestro trayecto individual a la mirada siniestra del poder.

Pero, si tratamos de trazar nuestro mapa en el tiempo, encontramos que la historia impone su momento y el escritor responde con la versión privada de ese enorme fresco en el que su mirada busca respuestas. Aunque, como dice Carlos Fuentes: “Más que una respuesta, la novela es una pregunta crítica acerca del mundo, pero también acerca de ella misma”.¹ Porque el escritor es siempre un disidente: su mirada cuestiona el poder, la sociedad, lo establecido.

¿Han cambiado los temas del escritor a lo largo de la historia? Si queremos simplificar, diríamos que hay dos cuestiones sobre las cuales se piensa, se escribe o se crea: *eros* y *thanatos*, la vida y la muerte, reales o metafóricas, y todo

lo que conllevan: amor, heroísmo, guerra, venganza y sus infinitas combinaciones. Esos conceptos se mantienen en el tiempo, porque son interrogantes a las que el ser humano no puede dar respuestas definitivas: el hombre es el único animal que sabe que va a morir, dice André Malraux. Pero si los temas son perennes y universales, la actitud frente a ellos oscila y evoluciona. Hay un personaje que ha permanecido para renacer una y otra vez en las páginas de los libros: Robinson Crusoe, el náufrago, ese ser infortunado al que el mar arroja en una isla, lejos de su mundo y sus congéneres.

Islas y hombres se han unido para crear un mito revolvente a lo largo del tiempo. En esos jirones de tierra, sembrados por los dioses en las extensiones oceánicas, se alojan todos los misterios, los terrores y las fantasías. Minotauros, sirenas y cíclopes moran en sus cuevas o seducen a los navegantes desde los arrecifes; surgen de las brumas nórdicas como refugio de los vikingos guerreros; sus acantilados señalan la salvación o la muerte para los marineros perdidos. En la incógnita de la lejanía, sintetizan a Ariel y a Caliban, prometen encantamientos o maleficios, todo lo que acecha la imaginación de los hombres aislados en el mar durante muchos meses. Territorio de piratas y hechiceras, de tesoros, vírgenes y caníbales, centellean entre los mares con la seducción de lo desconocido. Los sucesivos robinsones de la historia las han domesticado sin aniquilar su encanto; las islas se perpetúan como la promesa de lo posible, la negación de la rutina.

Robinson Crusoe (1719), de Daniel Defoe, ha sido considerada por algunos críticos como la primera novela inglesa,

y en cierta forma también la primera novela moderna. Es un momento de grandes innovaciones: el Siglo de las Luces se prepara a iluminar la historia. Montesquieu fustiga al sistema con sus *Cartas persas*; Diderot propone la primera teoría atea de un mundo que se crea a sí mismo en un continuo devenir; Voltaire publica el *Diccionario filosófico* e inaugura la noción de tolerancia; dos empresas deslumbrantes, el primer *Diccionario de la lengua inglesa* de Samuel Johnson y la *Enciclopedia*, acometen la labor de concentrar todos los conocimientos del momento en una sola publicación; en Inglaterra se suceden periódicos como el *Tatler*, el *Spectator* y el *Daily Post*, en cuyas páginas escribe Daniel Defoe, un hombre con la mente ágil e inquisitiva del reportero. Y es en un periódico donde el mismo Defoe se entera de la aventura de Alexander Selkirk, marinero inglés abandonado en una isla desierta en 1704, en la cual permaneció solo hasta su rescate en 1709, y que inspiró el personaje de Robinson Crusoe.

Daniel Defoe era un *disidente*, como se denominó a partir del siglo XVII a aquéllos que se rehusaban a adherirse a la Iglesia de Inglaterra. Por su panfleto satírico *El*

camino corto hacia los disidentes fue multado y encarcelado y tuvo otros encuentros con la justicia por su crítica a los prejuicios contra un rey nacido en el extranjero, Guillermo III de Orange. Esto nos dice que su vida no fue ajena a la aventura.

La novela es ágil y sencilla, tanto que se ha convertido en materia para los muy jóvenes: la historia de los esfuerzos de un hombre por sobrevivir, primero, y por lograr un habitat placentero, segundo. Hay peripecias, un cierto suspenso, peligros no demasiado terribles. Pero esta lectura directa ignora el mensaje implícito: el Robinson de Defoe obedece a la ideología eurocéntrica de su época y a la puritana de su autor. La confluencia de la providencia divina y la actuación eficaz del naufrago lo llevan a recrear su mundo original en la isla desierta. La importancia y dignidad del trabajo, la disciplina y la confianza en los valores ancestrales de Robinson hacen de su lugar de destierro un clon de la patria lejana con un único ciudadano; cuando aparece Viernes, habitante de esas regiones, y mucho más conocedor de ellas por lo tanto, la relación amo-sirviente se desarrolla naturalmente. El hombre blanco “adopta” al salvaje y lo integra a su esquema civilizador, como lo harán a gran escala, en ese siglo y el siguiente, los imperios europeos con los pueblos colonizados.

“De entre todos, Robinson es uno de los elementos constitutivos del hombre occidental”² dice Michel Tournier. Porque el personaje se ha instaurado en calidad de mito; a ciento cincuenta años de su nacimiento, Julio Verne lo reinventa (*La isla misteriosa*, 1874), en la persona de Ciro Smith, ingeniero y, por lo tanto, síntesis de genio e ingenio. No hay aquí la apología de las virtudes cristianas, sino el hombre del siglo XIX que sueña con el XX: el triunfo de la tecnología y las ciencias aplicadas. Pero la isla no es el territorio benévolo de Defoe, dispuesto a plegarse a las manos diligentes de su conquistador; tiene un alma secreta, un habitante de los abismos que de ellos emerge: el capitán Nemo y su Nautilus son la ciencia del mañana, que ni siquiera Smith contempla aún. La terca perseverancia de Robinson en la ética del trabajo ha dejado su lugar a la inventiva del ingeniero; el hombre ya no confía en sus manos sino en su cerebro. Verne rinde un homenaje al concepto de progreso y afirma su fe en la ciencia, como en muchas de sus novelas.

